

**Héctor M. Leyva**

**Sobre *La transformación de la violencia en América Latina*,  
editado por Werner Mackenbach y Günther Maihold**

Universidad Nacional Autónoma de Honduras

[hleyva90@hotmail.com](mailto:hleyva90@hotmail.com)

El libro presenta un panorama de la violencia en el continente (particularmente de México, el triángulo norte de Centroamérica, Guatemala, El Salvador, Honduras, y Colombia) a partir de un conjunto heterogéneo pero complementario de ensayos. Cada ensayo es una entrada independiente en una o varias de las facetas de la violencia, las cuales se intentan iluminar con observaciones puntuales. Las afinidades disciplinarias y metodológicas permiten reconocer dos conjuntos de ensayos: el de las ciencias sociales que se ocupan de las condiciones estructurales (sociales, económicas, políticas) y el de los estudios literarios y culturales que se ocupan de las vivencias particulares (psicológicas, emocionales, simbólicas) de la violencia. Si los primeros exploran las condiciones objetivas de la violencia, los segundos hacen lo propio con las subjetivas. La sola contigüidad de los ensayos incita a un diálogo entre las distintas perspectivas (un diálogo que el lector puede desarrollar sobre el tema implícito de la conexión entre las condiciones estructurales-objetivas y las vivencias personales-subjetivas), que puede ser un punto clave para comprender los nuevos escenarios de violencia en el continente.

Los ensayos se reunieron a partir de un congreso internacional realizado en la Universidad de Potsdam, Alemania, en marzo de 2010, que invitó a considerar la violencia en la encrucijada misma de un debate interdisciplinario. A un fenómeno de múltiples dimensiones corresponden distintas aproximaciones científicas, incluso una verdadera lucha

por la soberanía interpretativa (ver 3), sin que pueda decirse que ninguna haya podido allanarla completamente.

En el ensayo introductorio los editores del volumen parten de la premisa generalmente aceptada de que lo que se vive en Latinoamérica es una transformación de la violencia política en una violencia social difusa marcada por el narcotráfico, la violencia interpersonal y la criminalidad pero insisten en que dicha violencia no puede considerarse fuera de la política y que ha podido repolitizarse bajo formas distintas de las que pudieron ser típicas de las décadas precedentes. La salida de la violencia del ámbito meramente estatal y de las guerras civiles, lo mismo que la cotidianización de la violencia parecen mostrar una situación de privatización, autonomización, desterritorialización y globalización de esa violencia, si bien permanece su dimensión política en la disputa que la criminalidad hace al monopolio del poder del Estado, en la acción afirmativa en términos de identidad y supervivencia que se manifiesta en los actos violentos de grupos como los de las pandillas o “maras” y en las diferentes estrategias desde la “mano dura” hasta los programas de integración de excombatientes, refugiados y desplazados, con los que los estados han buscado procesar la violencia. En ciertos casos, sostienen los autores, lo que ha podido ocurrir es que la violencia política se ha criminalizado, en el sentido de que pueden observarse procesos de mutación en los que los antiguos actores reaparecen en los nuevos escenarios como “bandas emergentes” de criminales (ver 5-10). Los editores consideran tesis como las de Paul Collier según la cual ha podido ocurrir una transformación de la violencia como reclamo (*grievance*) en una de ansia de lucro (*greed*), pero señalan que no necesariamente se ha tratado de un proceso lineal o progresivo ni de una clara despolitización (ver 6). Sobre todo, la violencia difusa ha llevado a una crisis de los estados y a la extensión del miedo en la población: “Mientras que antes dominaba una postura de levantamiento y un discurso motivado por la justicia social, estamos asistiendo hoy en día a una reacción de pasividad y de narcosis traumatizada.” (15).

El ensayo de Dirk Kruijt presenta una genealogía de la violencia desde la colonización hasta el presente, deteniéndose en los principales procesos del siglo XX. Las observaciones llevan al autor a uno de los puntos más frecuentemente señalados en los estudios sobre la violencia que la ponen en relación con las grandes brechas de desigualdad que caracterizan al

continente. Unas condiciones de desigualdad en la distribución del ingreso que se agudizaron bajo la forma de crisis durante las décadas de 1980 y 1990 con los programas de ajuste neoliberal de las economías (ver 29-30). Que la desigualdad, más que la pobreza es una condición fundamental de la violencia es una de las contribuciones más importantes de las ciencias sociales para el entendimiento de este fenómeno, pero no puede dejar de tenerse la impresión de que con este señalamiento quedamos solo al principio de su explicación. ¿Cómo se transforma esa desigualdad en violencia?, ¿cómo ocurre el pasaje al acto, cómo se constituye subjetiva e intersubjetivamente (psicológica, culturalmente) ese acto? Esa es la brecha que quizás aún falta explorar más y en la que el rastreo de los aportes de los estudios culturales y de la literatura pueden resultar muy importantes, como así se lo plantea el libro.

En parte Kruijt en su ensayo advierte las limitaciones de las explicaciones sociopolíticas cuando señala distintas paradojas observadas en los propios procesos sociales. Kruijt observa, especialmente, el hecho de que los procesos de transición democrática (la democracia) no hayan funcionado para aliviar la desigualdad sino que en cambio hayan contribuido a profundizarla (ver 30). La degradación de la pobreza “decente” en una “deprimente” ha erosionado la legitimidad del orden político y promovido la emergencia de “nuevos actores armados” y nuevas formas de “para-política” (ver 33). Los tiempos actuales han venido a ser más bien unos de desarticulación del orden económico, social y político. La desigualdad se ha traducido en una brecha multidimensional no sólo económica sino social tensionada entre los polos difusos de la informalidad y la formalidad, la exclusión y la inclusión, lo criminal y lo legal, lo incívico y lo cívico (ver 34).

El ensayo de Sabine Kurtenbach argumenta que la violencia en el continente sigue siendo política en la medida en que sus causas y efectos lo son (ver 58). Esto es, si la desigualdad es una causa de la violencia y esta tiene su origen en el ordenamiento político de la sociedad, entonces aquella sigue siendo política. La paradoja que observa la autora es que si se midiera por los estándares de las guerras entre países, América Latina podría tenerse por uno de los continentes más pacíficos del mundo, aunque si se hace por sus índices de homicidios viene a ser la región más violenta del mundo (ver 59-61). O sea que la violencia interpersonal provoca las bajas equivalentes a las guerras inter-nacionales pero puesto que se

trata de muertos domésticos carecen de la misma relevancia, al menos en el lenguaje de los números y el derecho internacionales. La amenaza de las naciones en esos marcos resulta un hecho muy grave (el estado nacional se encuentra amenazado), pero resultan menos graves las amenazas (la opresión, la marginación, la exclusión) que pueda hacer la nación en contra de sus propios ciudadanos.

La autora observa que las elites tradicionales aceptaron el paso hacia regímenes más democráticos a cambio de preservar sus privilegios y las situaciones de desigualdad que pudieron crear las crisis anteriores (ver 65). La desigualdad como causa estructural de la violencia, señala, se puede disminuir como ha ocurrido en ciudades (Bogotá) y países (Brasil) cuando existen recursos y sobre todo voluntad política (ver 66). Las excepciones, sin embargo, sirven para apreciar la regla que ha prevalecido en el continente.

El ensayo menciona cuatro factores principales de la agudización de la violencia: el estado débil con una democratización sólo formal, el mantenimiento de la exclusión, los acelerados y caóticos procesos de urbanización, y los fracasos de la descentralización que han reinstaurado en muchos casos estructuras autoritarias tradicionales (ver 65-74). Factores todos que se encuentran imbricados en la política pues ¿por qué la democracia es solamente formal?, ¿no es la exclusión resultado del ejercicio práctico del poder, de unas fallas que manifiestan la ausencia de voluntad política?, ¿y la urbanización (o más bien la precaria, desastrosa urbanización de las favelas y barrios marginales) no es el resultado de políticas ausentes, mal llevadas o políticas de omisión? Entre los efectos de la violencia reconoce igualmente la autora sus matices políticos, en cuanto estos son la corrupción, la violencia política selectiva y la privatización de los servicios de seguridad (ver 75).

El ensayo de Daniel Brombacher se concentra en el estudio de la economía del narcotráfico, que puede ser uno de los elementos generadores de violencia más importantes de la región. El autor consigue iluminar la situación al hacer ver la centralidad y diferencialidad de la lógica empresarial del narcotráfico que no se rige por el proceder de los negocios legales. Reducir la distancia entre países productores y consumidores, por ejemplo, que sería una variable para aumentar la rentabilidad de productos legales, no es tan importante para el narcotráfico como la necesidad de mantenerse a salvo de la policía, con lo cual sus rutas

pueden ser, y lo son, mucho más largas y tortuosas. Más que la eficiencia empresarial, la lógica del narcotráfico, dice el autor, es la de la disminución de riesgos (ver 88). El riesgo de ser atrapados, el riesgo de perder la vida. Menos importante es la materia prima, los procesamientos o el transporte. El que la libertad y la vida están en juego explica en parte el encarecimiento de la droga como explica también las formas de violencia asociada. Al faltar tribunales y arbitraje, no hay reglas de sucesión ni antimonopolios y los agentes involucrados en el negocio deben arreglárselas por sus propios medios (ver 90). Las estrategias al alcance de los narcotraficantes son el soborno (“plata”), el asesinato (“plomo”) o la huida/desplazamiento (“pata”). Plata, plomo, pata –dice el autor– que explicarían en buena medida los efectos que el narcotráfico tiene en las sociedades nacionales y en sus desplazamientos internacionales (ver 92).

Brombacher discute especialmente la mitomanía sobre el narcotráfico que suele presentarlo en los medios con una estructura piramidal y grandes capos de poder omnímodo en la cúspide. La persecución constante y la necesidad de adaptarse al medio hostil ha hecho que las bandas de narcotraficantes respondan más bien a otros modelos en la práctica más pequeños y frágiles pero no por ello menos efectivos para lograr sus cometidos. Las nuevas formas de organización operan más como cadenas flexibles que fácilmente se dispersan y reconstituyen de acuerdo con los vaivenes (y los golpes) a que están permanentemente sujetas (ver 95).

Las ventajas competitivas de determinados lugares hacia los que se expande el narcotráfico tienen que ver con estados débiles, zonas limítrofes, fronteras poco vigiladas, topografías y sistemas de vegetación inaccesibles (ver 96). Contextos estos que aseguran la libre movilización y el trabajo en paz de los narcotraficantes. El autor observa, tomando el caso de Colombia, que el éxito de un país en la lucha contra la droga se convierte en la fatalidad de los países vecinos hacia los que naturalmente se desplaza el negocio, siempre en busca de ventajas competitivas en términos de disminución de riesgos (ver 101).

El crimen organizado, dice Bombacher, no persigue la toma del poder pero interactúa de forma nociva con las autoridades políticas, jurídicas y ejecutivas, es decir, con los tres poderes de la democracia que erosiona (ver 104).

El análisis de la lógica empresarial del narcotráfico es muy sugestivo porque incita a análisis comparables de las otras formas de violencia. De hecho permite advertir en primer lugar que bajo el término violencia se ocultan distintos tipos de ejercicio de fuerza que responden a lógicas diferentes. La lógica de la narcoeconomía es diferente de la de la limpieza social, de la de la violencia juvenil, como son diferentes las de la violencia doméstica y las del delito común. El móvil económico (dinero), es diferente del policial (orden, moralidad, ley), como éste del para-policial (terror), de la misma forma como son diferentes los móviles políticos (represión de los movimientos sociales) de los culturales (homofobia, machismo). Uno puede inferir que no solamente se ha estado usando una palabra comodín (violencia) para designar hechos disímiles, sino que los propios móviles pueden encontrarse entremezclados en los distintos hechos. Pero al parecer solo penetrando en las lógicas, en las racionalidades, y también habría que decir, en las emocionalidades y en la economía libidinal de esas distintas formas de violencia es que podrá ser posible aportar nuevos atisbos de los pasajes subjetivos e intersubjetivos que conducen al acto violento.

El ensayo de Victoria Sanford contribuye a la comprensión del intrincado fenómeno de la violencia buscando reconocer su raigambre histórica, sus diferencias, sus jerarquías y sus relaciones sinérgicas. Centrada en el caso de Guatemala, la autora hace ver que la violencia actual tiene sus raíces en la dictadura militar y el conflicto armado precedentes, en el sentido de que el ejército y sus estructuras paramilitares siguen dominando la política (ver 111). En los nuevos contextos estos agentes se han criminalizado y establecido relaciones con el narcotráfico, las pandillas y los partidos políticos en complejas redes de soborno, coacción y colaboración (ver 111).

La observación en detalle de los modos de operación permite a la autora distinguir la violencia de las pandillas (circunscrita en territorios, realizada con recursos limitados, escasa planificación, etc.) de la de la limpieza social (de mucho mayor complejidad y envergadura que incluye un intenso manejo de la escena del crimen, secuestro, transporte, confinamiento y tortura de las víctimas, etc.). Lo que tiene que ver con objetivos distintos pues si en el caso de las maras o pandillas su blanco es la víctima misma, en el caso de los actos de limpieza social la intención es generar terror (ver 117-118). Siguiendo los planteamientos de Martha Higgins,

la autora observa la asociación de los actos de limpieza social con el “vigilantismo” que practican grupos paramilitares conectados con el Estado contra ciudadanos considerados indeseables desde una perspectiva esencialmente conservadora o reaccionaria (ver 120-121).

La autora concluye que si la violencia se encuentra incrustada en el Estado, lo que contribuye a la expansión de esa violencia tanto como a la desarticulación del propio Estado, esto solo ha sido posible por el trasfondo de impunidad que ha acompañado el proceso. Puede ser, señala la autora, que el país haya pasado de una “cultura del terror” de la época precedente a una “cultura de impunidad” que ampara las formas de violencia actual (ver 127-128).

El ensayo de Peter Peetz realiza un análisis discursivo de textos legales para mostrar de qué modo las construcciones de realidad orientan la acción policial y jurídica. El enfoque teórico y metodológico (en la línea de Foucault y van Dijk) sitúa el ensayo en los estudios culturales al dirigir la atención a las elaboraciones simbólicas del fenómeno de la violencia. Las observaciones sobre pasajes significativos en las legislaciones recientes sobre comercio y consumo de drogas y violencia de género en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica permiten al autor reconocer construcciones típicas de los criminales y de sus móviles como igualmente variaciones significativas en los modos de entender los hechos de violencia tanto como en las medidas de seguridad y control de los estados. Las leyes reconocen como criminales a los hombres, miembros de pandillas y consumidores de alcohol o drogas, y como causas del crimen (particularmente homicidios y femicidios) el consumo de esas sustancias y patrones socioculturales prevalecientes (ver 168-169). Las distintas leyes muestran no solo diferencias de acento entre las medidas de control (unas más propensas a la prevención y otras a la represión, ver 149) sino diferentes conceptualizaciones que pueden encerrar inconsistencias epistemológicas (como lagunas o contradicciones, ver 156-158) o fallas de lógica (al tomarse los efectos por las causas de los fenómenos, ver 150). Igualmente las legislaciones pueden expresar prejuicios culturales (en materia de género o de prácticas sexuales, por ejemplo, ver 153, 161-162), inclinaciones tendenciosas (al sobreexponer o invisibilizar distintos tipos de personas como criminales, por ejemplo los jóvenes pandilleros, ver 152), e incluso diferencias de animosidad (manifiestas en la mayor o menor fuerza de la represión). Particularmente el

autor observa un cierto “juego político” entre actores y discursos sociales tras la emergencia de figuras legales que visibilizan y penalizan distintas formas de crimen (ver 171).

El ensayo es persuasivo respecto de la aleatoriedad y los sesgos idiosincráticos que afectan unas legislaciones que expresan más unas discursividades sociales contingentes que normas universales. Pero además permite considerar las limitaciones del sistema jurídico y de las sociedades en su conjunto para afrontar unos fenómenos que pueden desbordar su comprensión. Como señala el autor las legislaciones penales se construyen sobre la premisa de la penalización de comportamientos indeseados obviando los antecedentes, causas y motivaciones (ver 162). De modo que puede estarse castigando a los individuos e ignorando las fuerzas transindividuales y la matriz social (local y global) de esos comportamientos violentos.

El ensayo de Günther Mainhold estudia diferentes tipos de comunicación que forman parte de la narcocultura en México: los narcocorridos, las narcomantas y los narcosantos que establecen relaciones comunicativas y de interpelación desde los grupos criminales hacia la sociedad y especialmente hacia el estado y sus fuerzas de seguridad. Los mensajes se construyen en el marco de ciertas convenciones que expresan interpretaciones respecto de las realidades sociales, unos mensajes que cuestionan la autoridad formalmente instituida y reclaman formas de poder y de legitimidad en disputa con lo que quisiera considerarse la sociedad decente. Las autoridades estatales, los actores violentos, los medios de comunicación y el público quedan entrelazados en unas relaciones que ponen en precario la moralidad y el orden jurídico prevalecientes, e instalan un clima de intimidación, la percepción de una situación de amenaza o miedo en la población (ver 181-185).

El ensayo aporta la mirada de los estudios culturales al ocuparse de la interpretación de esos mensajes que están apareciendo cotidianamente en las ciudades mexicanas e instalando sentidos y corrientes emotivas abiertamente perturbadoras de la vida social. De pronto, nos dice el autor, aparece una manta en un edificio emblemático, en un lugar público muy reconocido como la fachada de la catedral de Monterrey, o en otras ocasiones aparecen muchas mantas en 40 ciudades o más en el mismo día o en la misma semana, con lo que consiguen hacer evidente el alcance y el poder del narco en el país (ver 214-215).



El ensayo no solo describe estos operativos de narcoterrorismo propagandístico sino que señala las sensibilidades desde las que esos mensajes provienen y a las que esos mensajes tocan. El narco habla desde su conciencia de víctima perseguido por un estado corrupto sin autoridad moral (ver 189); el narco habla en esos mensajes desde su machismo tradicional (el desafío de sus cobardes competidores, de sus perseguidores, la afirmación de su poder en una plaza o en una ruta del comercio, ver 202, 205, 216, 218); y habla también desde la pobreza de los marginados y los excluidos (de la condición social que sigue estigmatizándolos aunque ahora tengan lujos y dinero) en una especie de batalla a vida o muerte por resarcirse socialmente, por lavarse socialmente, etc. (ver 191, 202).

Aunque el ensayo se limita a hacer observaciones puntuales, suscita la impresión de que consigue incursionar en esas dinámicas caóticas de lo emocional en las que puede estarse resolviendo la violencia. Miedo, persecución, virilidad, ambición, humillación, etc. parecen elementos más próximos al nervio de la violencia que los indicadores de desigualdad o el índice Gini.

Las narcomantas disputan, señala el autor, lo que puede considerarse el monopolio de la violencia simbólica que reclama el Estado (ver 188-189). Los mensajes suelen conllevar la afirmación de la autoridad y el poder en competencia de los narcotraficantes, en tanto suelen desafiar y denunciar no sólo a las fuerzas del Estado sino a las bandas rivales (ver 218, 220). Los narcocorridos expresan una idealización del crimen y la criminalidad desde la mirada de los sectores populares empobrecidos justo como en tiempos antiguos se idealizó a los bandoleros y a Robin Hood (al tiempo que promueven imaginarios de éxito social para los excluidos, los marginados y especialmente para los migrantes, ver 188, 202-205, 227). El narcosanto Jesús Malverde es un santo pagano, bandido entre los años de 1870 a 1909 que fue canonizado en el santoral popular por haberse hecho entregar a las autoridades (una vez herido) para que el dinero de su recompensa se entregara a los pobres. Este santo no ortodoxo sublima en la religiosidad popular la figura del narco que con ello redime en el espacio sagrado los estragos que sus actos criminales hubieran podido provocar (ver 224-227).

El ensayo de Yasmín Temelli se centra en la nueva novela policíaca mexicana para estudiar las formas de representación de la violencia y de la mujer. La aplicación de la

tipología fenomenológica de Jan Philipp Reemtsma lleva a la autora a observaciones inquietantes respecto del entendimiento de este fenómeno que se autonomiza y cotidianiza.

El planteamiento de Reemtsma reconoce tres tipos de violencia: la violencia locativa que es aquella que se dirige a los cuerpos para desplazarlos de su lugar, la violencia raptiva que se dirige a los cuerpos pero para apropiarse de ellos y en este sentido erótica, y la violencia autotética que se dirige simplemente a la destrucción del cuerpo y que por eso se reconoce como falta de razón (ver 241). Esta última resulta de especial interés a la autora por cuanto las novelas muestran su imperio en el México actual.

La autora analiza la novela *Morena en rojo* (1994) de Myriam Laurini que trata de las peripecias de una periodista que cubre la nota roja y que investiga el secuestro de niños relacionado con la prostitución, el narcotráfico y el tráfico de órganos. El análisis reconoce los distintos tipos de violencia en la narración pero encuentra que prevalece una violencia autotética, de destrucción de cuerpos, sin lógica aparente (violencia por la violencia). Esto es algo que tiene que ver con el tinte del género *noir* de la obra pero también con algo que la autora reconoce como distintivo: la extensión indiscriminada de la violencia en los ámbitos públicos y privados: “Esa brutalidad está a flor de piel, forma parte de la vida cotidiana y marca los encuentros diarios.” (247-248). No solo las relaciones de hombres y mujeres (el machismo, la violación, la violencia doméstica) sino los contactos entre extraños (roces de automovilistas, de pasajeros de autobús), incluso los mínimos contactos comunicativos (manifiestos en la frecuente violencia verbal, ver 247-250). La protagonista de *Morena en rojo* transgrede el rol convencional femenino al corporizar y materializar ella misma la violencia (de hecho carga un revólver que no duda en usar). Una transgresión de los estereotipos de género que la autora encuentra igualmente en la novela *La muerte me da* (2007) de Cristina Rivera Garza, en la que el caso de una serie de hombres castrados hace presumir que la victimaria haya sido una mujer. Esto lleva a considerar una violencia que ya no tiene sexo y que desestructura a los individuos. La protagonista de la *Morena en rojo* dice de sí misma que “no era una mujer hecha pedazos sino más bien pedazos de mujer que no lograban organizarse como una persona” (cit. en 252). Una incapacidad de los personajes de

darse una forma que coincidiría a juicio de la autora con la caótica realidad mexicana actual (ver 252).

Como puede apreciarse, lo más interesante del análisis de estas novelas con referencia a la conceptualización de Reemtsma se halla en el reconocimiento de esa violencia autosuficiente, carente de lógica. Una especie de fenómeno trans-subjetivo, carente de explicación que ocurriría como si él mismo se automanifestara y no como consecuencia de su perpetración por individuos particulares movidos por intereses específicos (como es el entendimiento común). Un tipo de observación que complejiza el juego de perspectivas desde las cuales podría ser considerada la violencia, que desde este ángulo pareciera emerger como una corriente emocional capaz de atravesar, construir y trastornar a los sujetos, que serían vulnerables a las corrientes de violencia como a los deseos deleuzeanos.

El ensayo de Joachim Michael explora algunas de las formas que ha podido cobrar la conciencia catastrofista de la violencia en la narcoliteratura mexicana. Dos novelas le sirven para mostrar una común visión de la narcoviencia como una violencia apocalíptica que rompe con un presente (opresivo, injusto, interminable) e introduce un futuro (la oportunidad incierta, azarosa) de un cambio quizás fatal (ver 279). En *Trabajos del reino* (2004) de Yuri Herrera la representación mesiánica de un capo de la droga desde la perspectiva de un joven y humilde compositor de corridos permite apreciar la proyección, en torno a esa figura del narcopoder, de deseos de redención por parte de los eternamente oprimidos y marginados (ver 273). En la novela *Adán en Edén* (2009) de Carlos Fuentes se representa el temor de la antigua oligarquía empresarial amenazada por la nueva clase social en ascenso de los criminales (lumpen) cuya “cruenta y desenfrenada codicia” ha arrebatado el monopolio de la violencia y el Estado mismo (ver 281-285). Los paralelos con el concepto de una violencia divina de Walter Benjamin son evidentes para el autor del ensayo, en el sentido de que las novelas escenifican la llegada de una violencia que aniquila el orden y el destino, lo mismo que son evidentes esas corrientes de deseos que movilizan hacia ese punto crítico de la historia (ver 280).

El ensayo de Dante Barrientos se ocupa de la representación de la violencia en la novela negra centroamericana, particularmente en tres obras: *Noche de piedras* (2002) de Rodrigo

Rey Rosa, *El hombre de Monserrat* (1994) de Dante Liano e *Insensatez* (2004) de Horacio Castellanos Moya. El ensayo comienza planteándose la pregunta respecto a qué singularidad puede haber en el tratamiento de la violencia en las novelas actuales si ese ha sido un tema histórico de la literatura de la región y del continente (ver 298). Recuerda el ensayo de Ariel Dorfman “Imaginación y violencia en América” (1970) que ya había planteado esta constante y a manera de ejemplos cita textos celebres desde las crónicas de Indias, hasta los testimonios centroamericanos para insistir en esta recurrencia. De modo que si la violencia ha sido uno de los elementos constitutivos de las representaciones literarias (ver 296), lo que queda por apreciar son las modulaciones, las variaciones particulares que los nuevos textos puedan aportar.

Las observaciones de Barrientos no son poco significativas pues encuentra que en el subgénero de la novela negra, la violencia –el crimen– pasa a ser el centro de la narración, el núcleo que estructura su composición (ver 298) y que en consonancia con lo que se ha reconocido como el “neopolicial” estos textos no se limitan a narrar un crimen privado sino uno colectivo y sus diversas secuelas (ver 298). El análisis de las novelas centroamericanas lleva a Barrientos como a otros críticos a reconocer una diversificación de facetas y una generalización de la violencia en las representaciones literarias, lo que a su juicio expresa una dramática intensificación de la experiencia.

Barrientos practica un giro en el tipo de interpretaciones del libro al detenerse a considerar la encarnación, la corporización, la vivencia emocional, psicológica de la violencia que ofrecen estas y otras novelas. El autor hace ver de qué modo la escritura literaria intenta la entrada en la experiencia interior humana, en contraste con la visión más bien distanciada y exterior que exhiben las ciencias sociales en sus versiones tradicionales o duras.

En *Noche de piedras* Barrientos hace ver que se plasma una violencia no localizada en un lugar, o, en un hecho sino como algo omnipresente, algo en la atmósfera, en todo. La cuidadosa trama de esta novela pone en relación el tópico del regreso a los orígenes (el del regreso de un personaje a su país), con una sucesión de enigmas que hacen encajar un crimen en otro (el del atropello de un niño con el de los niños de la calle y ambos con el del robo, la adopción ilegal y el tráfico internacional de niños) que crean el efecto de una multiplicación y

expansión ilimitada de la violencia. Construcción de *mise en abyme*, dice el autor, que traduce la experiencia desoladora del personaje de haber regresado a un país en el que la violencia lo arrasa todo (a una “república de muertos”) de la cual ahora sólo quiere escapar. En este sentido, el policial se pone en marcha no para resolver un crimen (los crímenes particulares) sino para revelar otro, el de la Historia, el de cómo un país por entero ha podido terminar en eso (ver 302-303).

En *El hombre de Monserrat* Barrientos hace ver de qué manera la ficción recrea un ambiente opresivo y angustiante de violencia cuyo signo más inequívoco, sin embargo, no es su extensión a todos los espacios (como en efecto ocurre en la novela), ni su escalada al nivel del espanto (como igualmente ocurre) sino la deshumanización que ha conllevado. La novela narra desde la perspectiva de un militar, y siguiendo los usos de la pesquisa policial, el caso de las masacres de poblaciones indígenas en la selva guatemalteca. La violencia de la vida urbana (que rezuma bajeza y barbarie) es nada comparada con el horror que se vive en la selva, pero más grave todavía es la animalización de los esbirros del sistema que perpetran estos actos. Su sola apariencia física, plantea la novela, su gesto feroz, su deformidad, su vulgaridad traslucen la brutalidad y la impunidad de unos individuos que han encarnado el poder de la sociedad (ver 304). Las escenas de la masacre de los indígenas, en sus excesos de crueldad, de sangre y de irracionalidad, consiguen mejor que nada mostrar la deshumanización a que ha arrastrado la violencia (la pérdida de toda valoración de la existencia humana y el desarreglo mental que ha conllevado en sus perpetradores, ver 303-307).

Como en *Noche de piedras* en *El hombre de Monserrat* no es un crimen particular el que moviliza el policial sino uno colectivo y que compromete a la nación, como igualmente ocurre en *Insensatez*, con lo cual Barrientos invita a reconocer en estos planteamientos la representación de lo que llama una completa violencia, una violencia total, absoluta (ver 299).

En *Insensatez* la trama gira en torno a la experiencia traumática del corrector de pruebas del informe sobre violaciones a los derechos humanos de Guatemala, informe voluminoso que contiene especialmente los testimonios de los sobrevivientes de las masacres ocurridas en la recién finalizada guerra civil. El personaje resume en la frase “No estoy completo de la

mente” (una frase que ha tomado de uno de los testimonios), la pérdida de la cordura a que lo ha conducido su compenetración con el documento. Barrientos hace ver que ese desarreglo mental que experimenta el personaje supone la última ruptura, el último daño, el resquebrajamiento de la persona misma cuarteada irremisiblemente por la violencia y que opera como metáfora del trauma colectivo y de la desestructuración de la sociedad (ver 310).

En la perspectiva de Barrientos, las novelas representan unas situaciones de violencia descomunal que sobrepasan la capacidad de comprensión de los sujetos, de unos sujetos que ya no tienen oportunidad alguna de oponerse o de siquiera evadirse, y cuya desarticulación es comparable a la de la propia sociedad. Idea de nuevo de la violencia como un imperio del horror que está trastornando y destruyendo a los sujetos.

El ensayo de Alexandra Ortiz fija la atención en los cuentos de la salvadoreña Claudia Hernández en los que la cotidianización de los muertos y de la violencia han trastornado enteramente a los sujetos. Mientras por un lado desaparecen las pesquisas por las causas de la violencia y ésta se ha instalado simplemente como una realidad omnipresente, los personajes desarrollan unas actitudes y un discurso anómalos. La violencia demencial que desmiembra los cuerpos y arroja cadáveres en los espacios más íntimos, provoca un esfuerzo interpretativo comparablemente monstruoso que por sobreponerse al *shock* se endurece y lo integra a lógicas absurdas. En el cuento “Hechos de un buen ciudadano (parte II)” los muchos cadáveres que el personaje encuentra en su casa son partidos por él mismo en pequeños trozos y cocinados como alimento que entrega a los pordioseros de la ciudad, con lo que logra deshacerse de los cuerpos y hacer una buena acción (ver 329-330). En lugar de una inflexión lacrimógena se tiene una irónica que intentará por todos los medios normalizar y estabilizar la violencia (ver 332). En el cuento “Manual del hijo muerto” se hace un compendio de instrucciones (comparables por su desenfado a las de Cortázar en *Cronopios y famas* pero horripilantes por su despropósito) en las que se indica a aquellos padres que reciben en trozos el cuerpo de su hijo las mejores maneras de proceder (ver 331-332). La filosa ironía, el distanciamiento de los dramas y las lógicas absurdas apuntan a la insensibilización y a la deshumanización a que conduce la violencia. Los cuentos parecen aludir a esa idea de que la vida sigue a pesar de la violencia y a pesar de los colapsos de la sensibilidad, de la

racionalidad y de la ética. La autora invita a reconocer en estos cuentos lo que Dante Liano ha llamado una “violencia oblicua” en la cual la violencia está contenida de manera indirecta, sumergida, alegórica y que manifiesta las (im)posibilidades de la convivencia humana (ver 321).

Finalmente el ensayo de Markus Klaus Schäffauer introduce los conceptos de *violentografía* (para referirse a las representaciones simbólicas de la violencia, ver 346) y el de *trabajo de violencia* (como procesamiento sociocultural de la violencia, ver 355-356) mediante los cuales es posible reconocer el modo en que la violencia real es acogida y transformada en los productos culturales como respuestas al *shock* y como búsqueda de salidas. Basado en el análisis de obras de la cinematografía brasileña sobre los niños de la calle (especialmente *Pixote*, 1981, de Héctor Babenco y *Quem matou Pixote*, 1996, de José Joffily) el autor insiste en la necesidad de reconocer el circuito entero y las interacciones de la producción y la recepción de la violencia, en el sentido de que las representaciones culturales no se limitan a reflejar sino que influyen en las formas de violencia empírica. A la hipótesis de que los medios de comunicación contribuyen a reproducir la violencia, el autor suma la de que también permite su reconocimiento (la hace diferir en la representación simbólica y abre la posibilidad de transformarla en otra cosa, ver 346-352). De ahí el profundo sentido crítico que una película como *Quem matou Pixote* introduce al poner en cuestionamiento la utilización irresponsable de niños de la calle, como el propio protagonista de *Pixote* que una vez concluido el film volvió a la misma vida de violencia de las favelas y fuera muerto siete años después por la policía. El arte y los medios, sostiene el autor, participan del trabajo de violencia “necesario para cualquier sociedad no sólo para reconocer los problemas sociales sino también para cultivar las narraciones que puedan contribuir a transformar la violencia a nivel simbólico” (365).

Mackenbach, Werner, y Günther Maihold, eds. *La transformación de la violencia en América Latina*. Guatemala: F&G Editores, 2015. 374 pp.